

LIBRO TERCERO.

---

DESDE SU LLEGADA A ROMA

HASTA SU POSTRERA ENFERMEDAD.

---

(De 1618 à 1621.)



## CAPÍTULO PRIMERO.

### ÍNDOLE DE LA SANTIDAD DE SAN JUAN BERCHMANS.

- I. Llega á Roma.—Entra en el filosofado.—Empieza el curso de artes.
- II. Junta en sí todas las virtudes religiosas en grado excelente.—Extremada perfección de su espíritu.—Propósito esforzado de seguir lo mejor.
- III. Testimonio de los PP. Ceccotti, Massucci y Piccolomini.—Autoridad del P. Cepari.

#### I

**L**EGARON los dos viajeros á la metrópoli del orbe católico, víspera de la Circuncisión del Señor. Apeáronse, dice el P. Cepari, en la casa del Jesús, residencia ordinaria del Preósito General. Éralo á la sazón el Padre Muzio Vitelleschi. Sabedor éste de la llegada de nuestros estudiantes y noticioso de su virtud por cartas recibidas de Francia, quiso tenerlos consigo el día de año nuevo en que se celebraba la fiesta titular del Jesús. No parece se les pudiera hacer más caritativo recibimiento. Cuatro novicios, que para ministrar en la iglesia habían ido de San Andrés, así como fueron los primeros en observar la modestia y compostura de Juan, y en mirar y remirar, sin salir de su asombro, en aquel espejo de

recogimiento, fueron también los pregoneros que esparcieron la voz (entre ellos Alejandro Gottifredi, General más adelante de la Compañía), y declararon al volver al noviciado de San Andrés, que no le habían visto alzar los ojos entoda la comida, con ser nuevo él, y para él nuevos los muchos Padres allí reunidos <sup>1</sup>. Muy luego cundió la fama y corrió por el Colegio Romano. Allí los estaban esperando doscientos jóvenes muy deseosos de verlos y abrazarlos. Allí se pasaron el día siguiente á recibir con los abrazos testimonio de fraternal afecto, y diéronsele ellos á su vez de compostura y edificación.

El joven que al hacer los votos nace para la religión, es como niño pequeño que, no sabiendo andar por sí mismo, ha menester el cuidado, leche y pan blando de la madre, y que no le suelten de la mano hasta adquirir experiencia de su robustez. La Religión de la Compañía, que tanto se desentraña por los suyos, cuando del noviciado los traslada á los estudios del Colegio, para cuidarlos con más solicitud, los guarda como oro en paño en un cuarto apartado, sin comunicar con el resto de la casa, vigilados en la disciplina por un superior dependiente del Rector, dirigidos en el espíritu por un varón prudente y devoto, cuya ocupación sea emplearse en grabar en sus corazones la imagen de Cristo crucificado. Tráelos así la Religión sobre las palmas, trátalos como las niñas de sus ojos, llámalos sus carísimas y amadísimas prendas; para ellos son los cariños y regalos, para ellos los desvelos, hasta que haciéndose al yugo, toman afición á sus cosas, y la pierden á las de la tierra. Tanta solicitud la cree necesaria la Compañía para

<sup>1</sup> Proc. rom., pág. 551,—pág. 443.

que lleguen á sazón felizmente y den el fruto debido las plantas que cultiva y están todavía en flor.

Fué recibido Juan Berchmans en el Colegio Romano. Diéronle por aposento aquél mismo que había ocupado San Luis Gonzaga. Con esta traza la adorable Providencia disponía que heredase aquella dichosa morada otro ángel, que procuraba ser perfecto traslado de tan perfecto original <sup>1</sup>. Allí vivió algún tiempo al cuidado y espiritual dirección del P. Ceccotti. Encontróse con los cursos de artes adelantados: no costó mucho á su estudiosidad y talento recobrar los meses perdidos. Tuvo por catedrático de matemáticas al P. Horacio Grassi, de física al P. Tarquino Galluzzi, de filosofía al P. Francisco Piccolomini, sujeto espiritual y de prendas, en quien cargó treinta y tres años después el peso del generalato. Rector del Colegio Romano era el P. Virgilio Cepari, confidente de San Luis Gonzaga y hombre de acreditada prudencia en la dirección de las almas.

Comenzó el bendito Juan á rayar como sol entre planetas. A los ojos de todos pareció un Luis restituido á nueva vida, y aun algunos (tanta es la fuerza que hace en los sentidos la presencia de las cosas) dieron en juzgar, y así lo propalaban, que el recién llegado flamenco era un Luis todavía más primoroso y cabal; porque lo que da, decían, el último realce á su perfección es la dulce apacibilidad de todos sus modales. La buena opinión que crecía por momentos puso deseo al Cardenal Belarmino, confesor que había sido de San Luis, de gozar de su presencia; llevóle el P. Greco al palacio del Eminentísimo, quien halló en él harta materia de admiración <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Proc. rom., pág. 464.

<sup>2</sup> Proc. rom., pág. 388.

Este P. Andrés Greco fué el primero del Colegio Romano que le trató, y saboreada su virtud dijo con donaire á los Padres: *Ha venido un flamenquito que parece un ángel* <sup>1</sup>. También el P. Camilo Gori, ministro del Colegio Romano, al través de aquellas gracias exteriores penetró al punto la hermosura interior, y dijo al Hermano Pablo Oliva, que estaba con él encantado: *No me eche V. á perder á mi flamenquito; porque le hago saber que es bueno, bueno, rebueno* <sup>2</sup>.

Con esta última palabra quiso el P. Gori deshacer la prevención de algunos aristarcos, que calificaban de fruncimiento y de cosa postiza la compostura de Juan, pronosticando sería juguete del tiempo que con el uso se deslustraría y daría de sí; pero la experiencia les mostró que no dió de sí sino la misma constancia, como lo declaró el Hermano Juan Francisco Bargagli <sup>3</sup>.

Algunos de genio festivo, prendados de su mansedumbre y afabilidad, le cogían en medio por tomar solaz con su trato; pero presto hubo de secárseles la florecita de su embeleso, convencidos de que Berchmans no cifraba su diversión en floreos y donaires <sup>4</sup>. Si, pues, con asomar esta luz por el vasto horizonte echa ya de sí tan vivos rayos, ¿qué rayos no echará cuando vaya subiendo, se eleve y llegue victoriosa á su perfecto mediodía?

Solos dos años y medio vivió en Roma: cortísimo espacio para su anhelo de perfección, muy bastante para tenerla sazónada. En todo este tiempo, en que estudió filosofía, ya que no se ofrezcan á la

<sup>1</sup> *È venuto un flamminghetto che pare un angelo.* (Proc. rom., pág. 443.)

<sup>2</sup> Proc. rom., pág. 464.

<sup>3</sup> Proc. rom., pág. 390.

<sup>4</sup> Proc. rom., pág. 465.

pluma hazañas mayores que la deban abatir, sobran hechos edificantes, costumbres purísimas, conducta irreprochable, virtudes en grado heroico; las cuales para los que tienen alguna idea de perfección forman una región de vistas amenas, de horizontes nuevos, de sendas variadas, de llanos graciosos, de estradas suavísimas, tanto más fáciles de correr cuanto más desembarazadas están de cumbres, desvíos y despeñaderos que con su majestad hagan asombramiento y llenen el ánimo de pavor.

## II

Con las virtudes en el justo á manera de vástagos que se arraigan y acepan en la perfecta caridad. Cuando esta prendió en la substancia del alma, y es alimentada por la gracia de Cristo que influye sin cesar en sus miembros, comunica vigor á las potencias y las hace ramas fecundas capaces de crecer, extenderse y cargar de frutos de vida eterna, hasta que el árbol florido sea arrebatado por mano del jardinero y trasplantado al paraíso de delicias. Es máxima de San Gregorio, que tanto es una virtud de menores quilates, cuanto obra más sola y sin la compañía de las demás. ¡Grande hermosura y magnificencia desplegará el interior de un alma en quien crezcan, florezcan y lozaneen á un tiempo todas las virtudes juntas, y se enlacen entre sí con deleitoso concierto, y con ser muchas, diversas y de arduo ejercicio, cada una guarde su lugar debido, campee por su propia vitalidad, y alcance el sazónado punto de su perfección.

La gracia del Espíritu Santo á los héroes de santidad que ilustran con sus rayos el cielo de las religiones, los vistió de claridad y virtud proporcionada á la inclinación de cada cual. Dejemos aparte al gran Patriarca San Ignacio, de quien afirmó el discretísimo P. Rivadeneira, que fué perfecto por los cuatro costados; y era razón que lo fuese quien tan excelentes virtudes había de criar en sus hijos. Pero en sus hijos el Espíritu de Dios hizo su labor de muy diversa manera. Porque en Francisco Javier cifró con particular intento el celo del apostolado, en Francisco de Borja esculpió los abismos de la humildad, en Luis Gonzaga grabó los rigores de la penitencia, en Estanislao Kostka iluminó los deliquios del amor, en Pedro Canisio trasladó las proezas del saber, en Pedro Fabro dibujó los respetos de la prudencia, en Pedro Claver estampó los trofeos del sacrificio, en Alonso Rodríguez figuró las glorias de la mortificación, en otros cien retrató los esfuerzos del martirio; pero si bien lo miramos, en nuestro bendito Juan Berchmans el Espíritu Santo recopiló como en un lienzo los primores de todas las virtudes religiosas con tanta gracia y felicidad, que parecieran haber nacido en él como enseñadas, si no constara ser indispensable el magisterio de Dios para imprimirlas y formarlas en los escogidos. Porque la modestia le adornó con sus galas, la castidad le acompañó con su fragancia, la mortificación le rodeó con sus espinas, la oración se regaló en su pecho, la caridad le abrasó el corazón, la fortaleza le dió nuevos bríos, el fervor espoleó su vigilancia, el celo le consumió las entrañas, la discreción alumbró sus pasos, la obediencia le contó victorias, la estudiosidad le coronó de laureles: todas, todas á porfía lucieron con

colores propios, cual si cada una pretendiera en particular la honra de llevar entre las demás la palma y preeminencia.

Al divino Berchmans lo que le hizo grandioso y sobremanera esclarecido no fué, ni el estruendo de los prodigios, ni la alteza de la contemplación, ni el lauro del martirio, ni la lumbre de las profecías, ni el exceso de los éxtasis, ni la virtud de los milagros, ni el resplandor de los dones extraordinarios en que tanto para la atención de los hombres, y que suelen ser prendas de la divina amistad, con que el Padre de las luces esmalta la virtud de los escogidos por sus sacratísimos fines: no, lo que le hizo asombroso y por no explicable manera digno de toda admiración, fué el colmo de las virtudes religiosas labradas á yunque y martillo en el santuario de su interior; aquel no tener su vida acción menos compuesta, ni cosa mal hecha, ni afecto desordenado; aquella idea y primor de perfección que se dilata sobre los ejemplares conocidos; aquella belleza sin lunar, bondad sin falta, hermosura sin menoscabo, modelo acabadísimo, pasmo de perfectos, que no empeoró con los años, antes creció y arrojó á los ojos vivísima claridad con el andar de los días.

En el alma de Juan Berchmans el Espíritu de Dios, sin los atavíos de galas sobrepuestas y resplandecientes, fué servido asentar su trono, y hacer plaza y como alarde de sus más preciadas riquezas. La muerte ¡ah! nos le robó cuando parecía mejor que hubiera vivido. ¿Quién es capaz de rastrear á dónde habría llegado con el tiempo este esforzado mancebo con su afán de perfección?

Tal es la índole característica de su santidad. Fué un asombro de virtudes domésticas y religiosas, no por haber tenido algunas en grado emi-

nente, sino por haber sobresalido con la variedad de todas sin que su muchedumbre le desalentase, ni su diversidad le distrajese, ni su dificultad descantillase la roca de su sin igual fortaleza. ¡Qué sed, ó digamos, qué codicia de virtud! Alma fervorosa que hervía dentro de sí, y se levantaba y suspiraba por nuevas invenciones con que acelerar el paso, anteponiendo á lo bueno lo mejor, y concertando contrariedades con los excesos de sus vivísimas ansias. En vez de dar lugar á dilaciones en la ejecución de los propósitos, temía desoir el llamamiento divino si no se desvivía por obrar con toda la perfección posible.—*Si yo no me hago santo, decía á menudo, ahora que soy joven, nunca lo llegaré á ser ¿Y de qué me servirá vivir largos años en la Compañía, si no alcanzo el fin de mi vocación? Lo que puedas hacer hoy, no lo dejes para mañana. Haz cada cosa como si fuese la postrera. Lo que puede conducirte á tu fin, abrázalo luego. Sé mercader espiritual: sean ferias para el cielo las ocasiones de virtud; á costa del mundo entero no has de malograr el mínimo aprovechamiento de tu alma. Seré totalmente contrario al mundo. Antes mil veces morir que cometer un pecado por mínimo que sea. Con sumo cuidado me guardaré siempre de pecado venial. Huiré con todo ahinco cualquiera leve imperfección.* Estos eran los sentimientos y dictámenes de su vida, según que los leemos en sus manuscritos.

En fin, no había cosa que le armase á no andar mezclada con algún acto de virtud, cualquiera que ella fuese, como se ciñiera en los límites de nuestro Instituto. Nobleza en formar propósitos, constancia en mantenerlos, esfuerzo en llevarlos á efecto, fervor en ejecutarlos, oído siempre vivo

y atento á los toques de la gracia: con el poder de estas dotes engalanó muy pronto su alma y la compuso para grata mansión del Señor de las virtudes.

## III

**P**ERO como no le esté bien al historiador hacer pintura de su héroe cual se la dibuja en la imaginación el antojo, sino levantar todo cuanto asienta sobre el texto de autoridades competentes, menester será traer aquí el concepto de los Padres espirituales que le trataron en Roma, y las notas con que marcaron la índole de su santidad.

Sea el primero el P. Juan Bautista Ceccotti, varón de venerables canas, Padre espiritual en el Colegio Romano por más de cuarenta años, y el primer confesor que tuvo el Hermano Juan en el filosofado. Dice, pues, hablando de él: *Todo cuanto yo le enseñaba tocante á perfección, se le esculpía en el alma, y poníalo por obra. Cuando, según las reglas de mi oficio, tenía yo que hacer plática á los filósofos para darles instrucción suficiente de la vía espiritual, y tomaba la materia del Instituto, mayormente del Sumario y Reglas comunes, el bendito joven oía dócil y atento, y todo lo llevaba á ejecución tan perfectamente que no alcanzo qué perfección pudiera nuestro Instituto echar de menos en él. De donde infiero que su perfección era ni más ni menos tal y como se encierra en las Constituciones y Reglas. Y esto que pueden certificar con ple-*

*na seguridad todos cuantos le trataron, yo en particular explícita y terminantemente lo declaro, y doy fe de ello; y añadido, que con haber gozado largo tiempo de su trato y comunicación, y con haber sondeado muy de cerca las gracias de su alma, no pude jamás notarle afición ó movimiento alguno desordenado.*

El segundo confesor de Berchmans fué el Padre Tomás Massucci, religioso de insigne piedad y saber como quien era Padre espiritual de todo el Colegio Romano, menos de los filósofos. Expresa su dictamen por estas palabras: *Se propuso por blanco de su vida religiosa sobresalir en todo género de virtudes, y adelantar en los estudios cuanto le fuese posible, y no por otro fin sino sólo á gloria de Dios y bien de las almas, esperando por ahí corresponder de lleno á la gracia y espíritu de nuestra vocación*<sup>1</sup>.

Ocupe el tercer lugar el P. Francisco Piccolomini, catedrático de filosofía á la sazón. En este Padre, como le agradase á Berchmans la afición que mostraba en juntar con las letras la devoción y virtud, alcanzó licencia para tratar con él las cosas de su alma. El P. Piccolomini en un panegírico predicado en el refectorio sobre las virtudes de su discípulo después de muerto, hizo pública la alta opinión que de él tenía, y luego á instancias del P. Cepari la resumió en cinco puntos generales; de ellos tomamos los cuatro últimos, que dicen así:

*A ninguno he visto tan constantemente y sin interrupción, tan fácil é instintivamente actuado en las cosas de Dios y en su divina presencia; y lo que todavía es más pasmoso, al mismo tiem-*

<sup>1</sup> Proc. rom., pág. 226.

*po con tanta atención á sí y á lo que hacía, y tan pronto á servir á todos sin distinción.*

*A ninguno he conocido que á su edad tuviese tan altos pensamientos, y tan cabal conocimiento de Dios, junto con tan grande facilidad para el ejercicio de la perfección religiosa.*

*A ninguno he hallado que en medio de la vida común que profesamos, tuviese menos de común y ordinario, ni quien me diese un concepto más vivo de las virtudes y elevada santidad de nuestros primeros Padres, cuya vida tenía él en la memoria mejor que nadie, que yo sepa.*

*No contento con perseverar en las prácticas una vez establecidas, imaginaba nuevas trazas para más adelantar. En cierta ocasión me daba cuenta de los actos que hacía de la mañana hasta la noche, y de los que había añadido de nuevo. Yo le dije que ciertamente no habría podido durar, si no tenía aseguradas las cosas principales, dejándose de tantas menudencias que le agobiaban el espíritu fatigado ya del estudio. Y lo que yo le predije, no tardó en realizarse.*

El valor de estas autoridades quedará realzado con la del Rector del Colegio, P. Cepari, cuyo contexto literal es como sigue: *Si Juan Berchmans se hubiera señalado por la inocencia de vida, ó por una que otra virtud, no había para qué ponernos tanta admiración, no siendo sino cosa común hallarse en nuestras comunidades jóvenes que en tal ó cual resplandezcan; pero que sobre ser inocentísimo haya poseído en grado eminente todas las virtudes juntas y se haya aventajado en cada una como si aquella sola hubiera sido la materia de su ejercicio, es maravilla tan nueva que con razón á todos espanta... Tal es el prodigio que ha pasado por nues-*

tros ojos. Con la gracia de Dios su esforzada voluntad daba cumplimiento perfectísimo á todas las obras que hacía. Cualquiera que atentamente las observase, y atendiese al modo y circunstancias de ellas, veíase forzado á confesar que ningún punto les faltaba para ser perfectas... Y si los que esto veían en el exterior hubieran penetrado los actos interiores que daban alma á las acciones, tengo por cierto que habrían formado elevadísimo concepto de su santidad. Tal me sucedía á mí siempre que cada quince días sin falta venía á descubrirme los senos de su alma con gran sencillez, sin ocultarme pensamientos, afectos ni inclinaciones... En fin, la excesiva diligencia que ponía en todas sus cosas y la vigilancia continua en todos sus movimientos interiores y exteriores nos le pintaron tan perfecto á nuestros ojos, que estamos todavía aguardando si hay alguno que le tachase de un defecto moral ó de una ligerísima imperfección.

Y adviértase: el Hermano Juan vició cinco años en una Orden que por la gracia de Dios no ha descaecido un punto de su primitivo fervor; aquí en Roma vivió en medio de doscientos religiosos, y la vigilancia de los superiores no le perdía de vista; eso no obstante, ni ellos, ni Padres, ni estudiantes, ni coadjutores han podido acusarle del menor defecto, ni sorprenderle en una afición desarreglada, ni oírle una palabra ociosa ó indiscreta, ni verle perder rato de tiempo, ni notarle un gesto indebido, ni un reír descompuesto, ni hablar en italiano cuando era hora de hablar en latín, ni un ademán poco conforme con las reglas de la modestia, ni en fin la más mínima cosa que hiciera en él mal

viso. En pocas palabras pueden encerrarse estos prodigios de virtud, pero la práctica de todo junto requiere gran fortaleza y suma fidelidad á la inspiración de la gracia. ¿Y si una sola virtud en grado sublime constituye la gloria de un hombre, y le propone á la admiración é imitación de los demás; ¿qué pensaremos de todas las virtudes reunidas en el alma de este joven? Ciertamente este armonioso concierto nos causaba deleite del cielo, y creíamos ver más bien en él un ángel confirmado en gracia, que un simple mortal sujeto á las miserias de la vida<sup>1</sup>.

Todo este testimonio selló con formal juramento el P. Virgilio Cepari, entre cuyos renglones andan bien al descubierto las luces que despidió la santidad de nuestro angélico adolescente. ¡Espíritu agigantado! Como si se le escapase la hora de ser santo, le traía siempre despierto el cuidado de adelantar. Minas de grandes merecimientos son las ocasiones: devorado de su encendido fervor, que como atmósfera le rodeaba, no había ocasión de merecer que malograrse, iba siempre en ellas con gran conato al alma de las virtudes sólidas y varoniles, y hallaba en los mismos obstáculos incentivos para doblar y tresdoblar el esfuerzo por superarlos.

Bello es el espectáculo que se presenta á nuestra consideración. ¿Quién podrá dignamente declarar el amontonamiento de tantos cuidados y la intensidad y perfección de los actos que este héroe ejercitó?

No siendo empresa fácil, ni conforme á nuestro propósito describirlos todos, con que podría llenarse un grueso volumen, nos limitaremos en

<sup>1</sup> Parte II, § III.



éste á referir algunos concernientes á las principales virtudes, remitiendo al devoto lector á la vida escrita por el P. Federico Cervós, que dejará satisfechos los deseos tocante á las cosas que se pasan aquí por alto.



## CAPÍTULO II.

### SU MODESTIA SINGULAR.

- I. Asombro de alumnos y seglares.—Efectos notables.—Modestia en casa y su eficacia en los nuestros.
- II. Propósitos.—Severidad en el mirar.—Ley impuesta á los ojos.—Señalados ejemplos.
- III. Diez motivos de la modestia.—Alegria que le causaba.—Opinión de los compañeros.

#### I

**E**STA es la virtud que compone todos los movimientos y acciones de alma y cuerpo según las leyes de la honestidad y decencia. Así la solía definir el santo mancebo, como lo testifica el P. Cepari, que leyó la definición en un cartapacio escrito de su mano <sup>1</sup>. En ella pone San Juan Berchmans diferencia cuidadosamente entre la modestia fingida del hipócrita que se contenta con afectar compostura por su interés, y la religiosa y santa que procede del interior, refrenando primero la curiosidad del espíritu antes que componga las partes exteriores del cuerpo. Su vestir, su gesto, su hablar, su andar, su rostro, en fin, que es el espejo en que sale el alma á mirarse, despe-

<sup>1</sup> *Vita*, part. II, § VII.